

MARTI, LIBERTADOR

— por *Luis Franco* —

A penas queremos aludir de paso al copioso trabajo de revaloración crítica o de mera exaltación (con aplastante prevalencia de éste sobre aquél) que en torno a la figura de José Martí viene haciéndose en Cuba y en los demás países del continente.

Puede decirse que, en general, el elogio es cosa difícil de hacer, más que la denigración, desde luego: elogiar significa sólo proyectar honradamente la luz indispensable sobre la circunstancia histórica y el desempeño del personaje para que el mérito resalte de suyo. Es lo que casi nunca se hace. En efecto, cuesta más alumbrar el oro auténtico que el personaje lleva en sí —cuando tal cosa ocurre— que cubrirlos de oropeles.

Con adelantar que el mérito en grado heroico se da sólo como terrible excepción en cualquier tiempo y lugar, dicho está que en el mundo, y en la América hispana sobre todo, el crecimiento demográfico en bronce o mármol, es decir, el de las estatuas, que amenaza rivalizar con el de la población andante, no se justifica ni lejanamente. Por lo demás, aun en el caso de la real estatura heroica, la estatua tiene algo o mucho de embalsamamiento. Responde a una idealización deformadora de ciertos rasgos del personaje con desmedro de otros y sobre todo de su integridad viviente y humana. Resulta así que aquél se parece entonces menos a un

hombre que a un ídolo o un fetiche. Al perder su aspecto y calor humanos, pierde más o menos decisivamente su fecundidad educadora, su virtud de alerta y ejemplo contagioso. Nosotros, hombres modernos, sospechamos que el héroe de veras no precisa estatua yerta, pues ya la tiene, y muy viva, en la conciencia de los hombres. Y qué se impone, decisivamente, la humanización del héroe.

*

Otra advertencia, aunque casi sobre: el individuo extraordinario debe tanto a su medio social como éste le debe a él, y es conductor sólo en la medida que columbra con acierto el camino de avance del conjunto social y sabe conducirse y conducir según eso. (El héroe falso se denuncia justamente en su adúltera adaptación a los instintos quietistas o retrógrados de las masas, y por ello, más que conductor, es conducido). El héroe no es superhombre, ni ángel, ni santón. No está del todo exento de cualquiera de las debilidades humanas: sólo que alguna o muchas de las excelencias humanas (magnanimidad, talento, amor, valor, esfuerzo) se destacan en él con entereza y esplendor inusual. Lo heroico es sólo una manera más intensa o total de ser hombre.

*

Hombre total, como pocas veces se vió, fué Martí. Y esto va referido menos a la altura y variedad de sus capacidades, que a la creadora conjunción, que en él se da, de los más claros valores del hombre: Ahí están su pensamiento enorme y multiforme, cargado de limo y de cielo, como los ríos padres de su América; ahí su estilo literario, uno de los más poderosos del castellano de cualquier tiempo; ahí su desinterés, que no era virtud labrada por la disciplina, sino impulso inatajable; ahí su amor incorruptible como el diamante, activo como el azogue; ahí, como arma de dos filos, su voluntad organizadora y su voluntad combatiente. Y bien, ninguno de esos aspectos parciales cobra verdadero sentido y categoría sino en la relación con la totalidad: su oficio sagrado de hombre: su vida, una de las más luminosas trazadas sobre las sombras patrias de los hombres.

Ya habrá ocasión de señalar las coincidencias de fondo entre Martí y Sarmiento, el otro caso sospechable de genialidad entre los caudillos de la inteligencia latinoamericana. Por ahora sólo queremos adelantar que el sobrenombre de libertador usado para San Martín y Bolívar corresponde con no menor derecho a Sarmiento y Martí. Todo lo cual no quiere significar que estén exentos de limitaciones y errores, de superficie y calado, y que nosotros debamos renunciar al derecho, y más aún: a la obligación, de señalarlos. Y estemos seguros que este honrado esfuerzo de comprensión y justicia implica, a su modo, el más subido homenaje: viene a decir que si nos atrevemos a demorarnos en sus inevitables fallas de hombres es porque nuestra convicción de su grandeza es muy firme. El mirar los huecos y sombras de la montaña no impide ver, sino que ayuda a ver mejor, la elevación y limpieza de luz de sus cimas.

Nunca se llamará suficientemente la atención sobre lo que constituye, sin duda, el pensamiento más revelador de San Martín: "Para defender la causa de la independencia, no se necesita más que cierto orgullo nacional (que lo tienen hasta los más estúpidos salvajes), pero para defender la libertad y sus derechos se necesitan ciudadanos, no de café, sino de instrucción, de elevación y de alma".

Referido a nosotros eso significaba que la tarea de quebrar el monopolio comercial y político de España no era, ni con mucho, tan ardua como la otra: quebrar la herencia de servidumbre que quedaba dentro de nosotros: "Llevamos a España en la sangre", decía Sarmiento. Y Martí: "No basta sacar a España de Cuba: tenemos que sacarla de nuestras costumbres".

Por eso, como el de los proscriptos argentinos, el programa revolucionario de Martí consistía en hacer, corrigiendo en años los siglos, todo aquello que España, tomada de quietismo medieval, no supo hacer: esforzarse en recobrar el ritmo histórico perdido en el siglo XVI, abriendo las fronteras a todas las mercade-

rias y las gentes, sin excluir a esos embajadores sin librea, los libros, que suelen traer el contrabando más temido, el de la luz, organizando la educación para todos, sin distinción de clases ni sexos, sólo que excluyendo al dogma de las aulas —introduciendo los ganados y semillas próceres de Europa—, instaurando las más variadas formas de trabajo moderno, y aclimatando todas las ideas y las prácticas sociales tenidas por delanteras en su época. Todo eso significaba una suerte de batallar tan profundo por la liberación del hombre americano, que su victoria aún no está lograda, ni mucho menos.

*

Decía Heine que tenía a menos honra su renombre de hombre de letras que su condición de combatiente oscuro en la guerra por la independencia del espíritu. Y Esquilo tenía en más el haber sido simple soldado de la libertad griega —lo más hermoso conocido hasta hoy— en Salamina, que su fama de poeta: la de uno de los dos o tres poetas mayores del mundo.

Quien ha trajinado con algún tacto en la vida y el pensamiento de Martí sabe que se trata de uno de los atletas más completos que la lucha contra la servidumbre humana haya tenido nunca.

La palabra libertad es el vocativo favorito de la retórica, uno de los vocablos más llenos de fraude de las lenguas. El inadjetivable Fouché podría hallar en ella el mejor argumento para defender su sentencia: *la palabra ha sido dada al hombre para esconder su pensamiento.*

“Hecho como estoy a saber —dijo Martí— que lo más santo se toma por instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo”. El procedió exactamente al revés: de lo político —tan concurrido siempre de falaces asertos y rapaces bajezas— él hizo la cosa esencialmente desinteresada y heroica, es decir, de puro espíritu.

*

Concibió la libertad como la justificación misma de la cultura, en su esencia no en su ornamento: la realización de las posibilidades externas e internas del hombre, su empleo íntegro y

sagrado como tal. Es columna vertebral y médula sin la cual no hay hombre. En *La Edad de Oro* escribió esto para los niños de todos los tiempos: "Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y hablar sin hipocresía . . . Un hombre que oculta lo que piensa, no es un hombre honrado". Y después, como si temiese ser mal entendido. "Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor . . . Esos hombres son sagrados, Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México".

Su idea primera y última, por la que combatió y murió, es ésa: el hombre sin tutores terrenos o extraterrenos, el hombre como criatura soberana. Un día, empeñado en hacer llegar a nuestras distraídas gentes el mensaje de Whitman, el mayor poeta moderno, dijo: "La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo".

Ya puede verse que su pensamiento iba mucho más allá de lo que podía suponerse en un mero patriota en acción, en un mero combatiente por la soberanía de Cuba. Ante los versos escritos para su epitafio:

*Yo quiero cuando me muera
sin patria, pero sin amo . . .*

una sola interpretación cabe: patria con amo no es patria: sin patria se puede vivir; sin libertad, no.

*

"O la República tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás: la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la República no vale una lágrima de nuestras mujeres . . ."

Parece sencillo, pese a su grandiosidad, tamaño programa. Pero Martí que estaba tan lejos del romanticismo como del sentido práctico con anteojeras, sabía o presentía qué abismo tapado de tramposas convenciones se abre entre el ideal y la reali-

dad. Estaba homéricamente armado contra la miopía llamada prudencia y la cobardía llamada sensatez; pero no lo estaba menos contra las utopías.

Sí, la libertad es un impulso, el más venerable del hombre, pero su realización social e individual, imperativo del hombre moderno, si quiere serlo de veras exige una ciencia profunda y minuciosa y un heroísmo cotidiano. Martí tenía en grado prócer las cualidades que permiten el arrimo, peligroso como es fuerza, a las verdades fundamentales: el pensamiento no comprometido, la voluntad y el valor. Así, pues, percibió que el problema de la libertad es básicamente un problema de justicia y que la causa madre de nuestra servidumbre es el inadjetivable privilegio económico: "¿Quién no ha meditado en los visibles afligentes dolores de los hombres, en las desigualdades injustas de su condición, no fundadas en desigualdades análogas de sus aptitudes, en el contraste ilícito, que quema los ojos, de esas exigencias de quirites romanos y esas otras bestiales existencias torcidas de manera que las cabezas de los hombres son en ellos meras cabezas de martillo?"

Así como esa terrible figura, que tiene la diáfana profundidad del símbolo, presenta Martí el destino de los hombres apeados de su condición por el trabajo engrillado, vía de agua que amenaza con el hundimiento al suntuoso barco de la civilización moderna.

*

Muy pocos pueden parangonarse a José Martí en su amor a los hombres. Corazón sobrehumano de humanidad fué el suyo. Mas, eso sí, su piedad fué enteramente varonil. ¿De qué sirve la compasión que no es justicia y ayuda dignificadora?

Repito que la piedad de Martí fué prometeica. ¿Cómo se ha de querer al hombre sino en y para la libertad? El único modo de amar al esclavo es quebrarle la cadena. Así el derramado fervor apostólico de Martí no se traduce en plegarias y consuelos sino en una parte de potente hélice para la acción y el pensamiento libertadores. "Cuándo otros lloran sangre, ¿qué derecho tengo yo para llorar lágrimas?"

*

¿Que Martí luchó como nadie por la liberación de Cuba? Pero ése fué sólo un camino. Su meta era otra: libertar a los cubanos y al resto de sus hermanos de América. "La colonia no dejará de venírse nos disfrazada con el guante de la República". Sí, él vió mejor que nadie, que Hidalgo había trabajado para Porfirio Díaz y Bolívar para Guzmán Blanco. "Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y los derechos de los habitantes leales trabajamos y no para erigir, a la boca del continente de la República, la mayordomía espantada de Veintimilla, la hacienda sangrienta de Rosas, el Paraguay lúgubre de Francia".

*

El caudillismo o monarquía sudamericana, o un pulpo de cabeza mínima absorbiendo el pensamiento y la voluntad de todos, significaba una amenaza tan mortal para la realización de su programa que en 1884, cuando creyó ver un asomo de ese peligro en los generales Gómez y Maceo, peleadores heroicos y totalmente indispensables para la revolución, no trepidó en romper con ellos, prefiriendo una derrota promisoría a un triunfo estéril.

Como su mirada era de largo alcance, le era difícil caer en el autoengaño. Así se atrevió a decir: "Una revolución es necesaria todavía: la que no haga presidente a su caudillo: la revolución contra las revoluciones: el levantamiento de todos los pueblos pacíficos, una vez soldados, para que ni ellos ni nadie vuelvan a serlo jamás".

Por encima de Cuba y América, Martí se dirigió al mundo. Su vida fué un perpetuo alertear y convocar a los hombres para inaugurar la libertad dentro y fuera de sí, como el alba convoca a todos los pájaros para inaugurar la luz.